

RAUL ATREIDES

**HIJOS
BASTARDOS DE
MATIASALÉN
ETERNOS**



PRUEBA PROMOCIONAL

Hay mucha gente a la que agradecer esto. Pero el día que me de pereza escribir estaremos apañados.

Muchas gracias a Leticia, si ella no me hubiera picado, quizá nunca hubiera vuelto a la escritura y seguiría haciendo de mimo en las calles. Guardemos un minuto de silencio por el mimo perdido.

A Carolina. Ella siempre me apoya y soporta mis ausencias nocturnas cuando toca escribir.

A la gente que ha colaborado de una manera u otra en la publicación de este primer libro. A Nieves Delgado especialmente por todo su trabajo y apoyo, y a Juan Gonzalez Mesa, otro

escritor que, curiosamente, prefiriere ayudar a que haya más competencia.

También quiero agradecer a los lectores iniciales que han ayudado a pulir cosas, y sobre todo a sentirme con ganas de seguir. Vuestro apoyo y ánimo es impagable. Tama, Julián, mi madre, Moledo, Kiko de Kikomic, Diego Carpintero, Jose Alberto, Gemma Aguirre, Uchi... ah, y a mis suegros.

Finalmente a Virginia Pérez por los piques, los consejos y los ánimos

NOTA A LA EDICIÓN DIGITAL

GRACIAS

Ante todo, si estás leyendo esto, quiero darte las gracias. Como escritor, lo que más me encanta de esto es que la gente me lea. Sobre todo si le gusta lo que haces. Eso te anima a seguir, a mejorar, a crear nuevas aventuras e historias.

Vivimos tiempos extraños para la novela, estamos atrapados entre la mentalidad del pasado y la tecnología del futuro, en un modelo económico agresivo para los consumidores y

creadores y una industria en batalla constante con la realidad. Pero también son tiempos maravillosos, tiempos en los que podemos comunicarnos al instante con cualquier parte del mundo, y donde las barreras entre creadores y disfrutadores se derriban. No voy a llamaros consumidores, porque existe algo sucio en esa palabra. Algo que implica dinero mezclado con arte y me repugna.

Y de eso va este mensaje, por si no se veía venir.

Os doy muchas gracias por leer este libro. Y muchísimas más si habéis pagado por él. Se que es inevitable que alguien se lo descargue de la red sin

comprarlo, puede incluso que yo sea el que lo haya regalado, puede que hayáis usado otro método alternativo gratuito. En el momento de escribir estas líneas no se cual va a ser la realidad de la difusión y me importa muy poco. Quiero que salga, que se haga público y que se lea. Ya veremos qué significa eso como modelo de negocio.

No voy a arremeter contra los que lo obtengan gratis ni a contaros las penas del escritor de hoy en día. Creo que esa no es la solución al problema y me parece hipócrita quejarme por que la gente haga lo mismo que yo he hecho en alguna ocasión. Vivimos en un momento en el que es más fácil bajarse algo

"gratis" que comprarlo. La gente aun no está acostumbrada a pagar por Internet, y seamos serios, no sabes si esto te va a gustar así que tampoco te apetece pagar lo que piden por ello. Por mi parte solo puedo intentar facilitar los modos de pago y ofrecer un producto que merezca la pena comprar, pero entiendo que finalmente una gran parte de gente se lo bajará de manera gratuita si tiene éxito. No pasa nada. No os voy a llamar piratas ni ladrones. Si me guardo mi opinión de las personas que suben las obras ajenas y se lucran por ello. Lo siento, pero eso si es piratería. Si alguien tiene que lucrarse de mi trabajo soy yo y las personas que apuestan por él. Así que hacedme un favor, si os

bajáis un libro, hacedlo por P2P o por otra vía que no lucre a terceros.

Yo he tirado por la vía dura. He decidido ser mi propio editor, hacer mi propia publicidad y apartarme del circuito editorial por razones que no narraré para no alargarme. Eso significa que casi cada céntimo que pagues por una obra mía irá a mi bolsillo, los inevitables intermediarios se llevarán una parte, pero es su trabajo y es lógico. Esto signficia muchas cosas, que mi obra puede tener fallos, que quizá haga las cosas mal, que soy yo quien asume los riesgos y las recompensas. No descarto cambiar de idea en el futuro si encuentro una editorial cuyas

condiciones me convenzan. Con esto quiero decir que estoy invirtiendo mucho más que mi tiempo y mi trabajo, también invierto mi dinero. Hay que pagar portadas, servicios web, promoción, costos legales, y quien sabe qué más cosas vendrán. Y aunque puedo vivir de mi trabajo no artístico de momento, me encantaría poder dedicarme a tiempo completo a crear nuevas historias que apasionen. Y aquí entras tu. Yo te acabo de contar mi vida a grandes trazos, y ahora se convierte en nuestra experiencia. Comprando mi libro me darás de comer. A lo mejor. Pero sobre todo invertirás en mi trabajo. Si mis libros dan dinero, invertiré gran parte de él en mejorar las cosas. Nuevos

proyectos, correctores y maquetadores profesionales, traductores para llevar mi obra a otra gente... incluso podría lanzarme a crear una tienda con productos exclusivos y raros basados en mis libros. Y además, expresarás tu aprecio y tu respeto de una manera tangible.

Está bien pagar por un trabajo. Ennoblece. Está bien mostrar tu reconocimiento con dinero. Me comprometo a, mientras esté en mi mano, poner unos precios razonables. Bastante menos de lo que cueste una copa en un bar, o una entrada de cine. Trescientas páginas son mucho tiempo de entretenimiento si te gusta, creo que

podemos pagar lo mismo que un par de refrescos para financiar el trabajo de varios años de alguien que nos hace disfrutar. ¿Que no te gusta lo que escribo? Bueno, acepto las críticas y aun así, creo que hemos pagado por películas sin verlas y luego hubiéramos querido quemar la sala. Pero pongámonos en el mejor de los casos. Has leído lo que escribo y te gusta. ¿No has pagado? Siempre puedes hacerte mecenas mediante algún sistema virtual, comprarlo aunque lo hayas leído, regalarlo, o comprar un ejemplar físicamente para que te lo firme (o algún producto derivado si es que llego a hacerlos). Hay una sutil diferencia entre los otros medios culturales y la novela:

los músicos pueden hacer conciertos, el cine y la televisión tienen muchas formas de financiación extra (desde las salas, a los discos, el mercha, la publicidad indirecta). Los autores estamos un poco jodidos. No podemos escribir en directo (no tendría mucha gracia vernos, la verdad), no tenemos una industria que nos avale para la distribución o los productos derivados y no creo que Frikafresh pagara un duro por que yo insertara con relativa sutilidad referencias a su marca. Nuestros ingresos vendrán de la venta los libros, en su gran mayoría.

Han pasado los tiempos en los que el autor era una especie de figura mítica

desconocida y lejana. Estamos ahí. A un clic de distancia. Nos conocemos, estamos todos ahí fuera, en la Red. Se que mucha gente dice que si no se paga al artista no habrá obras de arte. Eso es MENTIRA. Yo escribiré aunque nadie se compre mis libros. Escribiré porque necesito expresarme, es parte de la naturaleza humana, tengo historias que me acosan, personajes que me piden volver a vivir, que les de una oportunidad. Si no puedo vivir de esto, viviré a pesar de esto. Pero todos necesitamos comer, y sobre todo, necesitamos sentir que valemos algo. Así que muchas gracias, estimado público. Muchas gracias por leerme. Pero, por favor, hacédmelo saber. ¿No

habéis pagado por el libro? Genial. Pero demostrad que el trabajo sirve de algo. Podéis compartirlo en las redes sociales, podéis regalarlo, podéis comentarlo, mandarme un mensaje de felicitación o de crítica (estos suaves, que soy de corazón débil y frágil ego). Hay grandes discusiones sobre si es mejor que te lean aunque sea en "pirata" porque eso es promoción. Unos dicen que si, otros que no. Yo voy a apostar por un modelo de negocio diferente. Y voy a apostar por mis lectores. Y se que no voy a perder.

**HIJOS
BASTARDOS DE
MATUSALÉN 1**

ETERNOS

Muestra promocional

Germán

La lluvia caía de nuevo en la ciudad. Estaba muy lejos de ser el bálsamo reparador que en otros tiempos limpiara el aire urbano, esta era una lluvia espesa y sucia, que dejaba los cristales mancillados con chorretones de suciedad. Los coches podían diferenciarse en dos clases; los abandonados, con los cristales de plastiacero convertidos en costras negras, y los que estaban en uso, limpiados regularmente por sus dueños, resguardados en garajes vigilados, que comenzaban a tintarse del negro color que infectaba la lluvia.

Germán Guerreiro dio un par de saltos desgarrados para abandonar la acera y cobijarse en un portal. Su ropa estaba sucia y su cabeza la cubría un gorro de lana marrón con vestigios de haber tenido algún dibujo en el pasado, pero que ahora era un borrón mezclado con la suciedad que nunca desaparecía.

Miró las gotas caer sobre las ventanas y provocar un falso efecto de limpieza. No se engañaba, tras la lluvia todo siempre estaba peor. Las calles, llenas de socavones y desconchones en el pavimento, se convertían en barrizales si tenían suerte. En el peor de los casos, acumulaban agua en sus cráteres de obras a medio terminar y se transformaban en siniestros pozos de

mierda movediza que podían tragarse al paseante incauto que no conociera el barrio y resbalara por un terraplén hasta una zanja. Había pasado en alguna ocasión. Pero en estos tiempos... ¿Quién abandonaba la seguridad de su barrio? La gente, como mucho, iba de un distrito a otro. De su hogar al trabajo. Poca gente deambulaba por zonas desconocidas. No era seguro. Solo gente como él, que tenían que rebuscar tanto entre las colonias de chabolas como en los distritos comerciales, se permitían el lujo de indagar en las zonas de Madrid que no conocían.

Germán se apretó la gabardina de sintepiel intentando que el agua no le llegara a los zapatos. Un par de gotas

podían producirle un eccema de lo más asqueroso.

La lluvia seguía cayendo y no parecía tener intención de darle una tregua, así que buscó con la mirada en la calle un local donde pudiera pasar el rato. En la acera de enfrente, un chino se afanaba por extender un toldo protector para evitar que su escaparate se pringara con la lluvia negra. Germán calibró su situación: no escampaba. Finalmente se armó de valor con un cartón que parecía la cama de alguien a modo de paraguas y corrió cruzando la calle hasta llegar al chino. Sus zapatos se habían calado y maldijo por lo bajini mientras se sentaba en una mesa y se los quitaba antes de que el líquido llegara a los calcetines.

El camarero, un joven asiático, le miró con un gesto de indiferencia y le plantó una carta delante de la cara. Estaba amarillenta y desdibujada, y el plastificado se hacía opaco por el roce, pero aun era legible, aun servía. En el arrabal, no se tiraba nada hasta que perdía su utilidad. Cualquier utilidad. Hoy era una carta, cuando no se leyera, podía ser un mantel o tapar un hueco en la ventana.

Germán se recostó estirando los pies y quitándose la gabardina. No tenía hambre, la verdad, aunque mirando los precios, le pareció que podía aprovechar e ingerir la dosis de nutrición de la tarde. Si contaba los gastos de cocción y transporte, al final

le saldría rentable un rollo de soja o un chop suey de carne de algas. Y el chino no iba a dejarle estar sentado en su local sin pagar al menos una bebida.

Pidió su consumición y se puso a jugar disimuladamente con el smartwrist, el comunicador computadora de muñeca. Conectó con la cámara espía que tenía colocada frente a la casa de su objetivo y comprobó la imagen termal para asegurarse de que no había abandonado el lugar. Una vez que se decidía a jubilar a un esquivador, siempre podía ocurrir que alguien diera un chivatazo, o que el destino fuera tan cruel que le arrebatara al moroso antes de que pudiera pillarle. Germán se tranquilizó. El objetivo no iba a salir

con esa lluvia si no estaba seguro de que le habían localizado, y él trabajaba solo, como le gustaba. Las posibilidades de una filtración eran casi nulas. Las pruebas de ADN las había realizado con su multicorder casero, que tenía una fiabilidad homologada, y todo el proceso de investigación lo había realizado desde conexiones paralelas difícilmente rastreables. Todo iba a ir bien, no se iba a poner nervioso; ni que fuera su primera vez.

El chino calentaba el chop suey en un hornillo de aceite reciclado de biodiesel que lanzaba llamaradas cuando alguna chispa del guiso se juntaba con el fuego. Seguramente destilaba el mismo aceite de fritura para el combustible de la

cocina. Germán sintió su estómago protestar, sabía que eso implicaba que los aceites que usaba eran de una calidad pésima, pero eso casi lo podía haber imaginado por el precio de la carta. Nadie ponía esos precios si no usaba aceite reciclado para cocinar y las más sospechosas sustancias como ingredientes.

Miró la pared donde una Virgen de Beijing vigilaba a los clientes desde un póster promocional amarillento por los vapores y curvado por el tiempo. Cruces neocatólicas y más cruces de reminiscencia budista, en un horterismo supremo, se mezclaban con pagodas y peces saltando de arroyos al puro estilo clásico chino. Un Jesucristo, orondo

como un Buda, estaba hablando con un dragón chino en el biombo que separaba el privado de Germán de otro vacío. Muchos santos y crucifijos, pero el permiso de manipulación de alimentos homologado por la corporación Monkharto tenía más roña en su cuadro que los coches abandonados en el exterior. Germán dudaba seriamente que un inspector de calidad corporativa hubiera visitado el restaurante desde que se abriera. Joder, incluso dudaba de que siguieran existiendo esos personajes. Había oído a mucha gente que volvía a una casa de comidas para amenazar con denunciar al dueño al ministerio de Salubridad tras haberse intoxicado con carne de dudosa procedencia o

caducidad laxa, pero todo siempre acababa en gritos, ocasionales empujones y tratos bajo el mostrador para silenciar a los descontentos.

No, los inspectores de sanidad eran cosa del pasado, como la lluvia limpia, los coches de gasolina y la comida fresca. Eran lujos de la edad del Despilfarro. Como decían los portavoces de las corporaciones, eran innecesarios burócratas que entorpecían el libre comercio. Los controles, los inspectores y las regulaciones eran signos de un sistema enfermo y un tiempo enfermo. Germán miró por la ventana amarillenta y rayada la lluvia negra caer y no podía evitar pensar que lo enfermo era este mundo. Era viejo.

Suficientemente viejo como para recordar otros tiempos.

Germán era una Parca. No la figura mitológica que representaba a la muerte, sino una muy real que cumplía con el trabajo de la vieja huesuda. Por supuesto que las parcas eran algo mucho más complejo y antiguo que la imagen de un esqueleto con guadaña, Germán quizá era uno de los pocos fuera de las Torres que lo sabía. En el arrabal, era casi un milagro que alguien supiera por qué les llamaban Parcas. Pero él era un hombre culto, considerando el tiempo que le había tocado vivir y los recursos con los que habían contado sus padres.

Germán no sabía mucho de las tres parcas, pero sabía que cuando la gente

hablaba de los que ejercían su profesión, un escalofrío recorría la espalda de muchos. Las Parcas eran agentes libres, autorizados por las corporaciones para buscar, identificar y cesar a todas aquellas personas que, por decirlo poéticamente, habían esquivado a la muerte. En efecto, vivir era un delito desde el siglo XXII. Al menos, vivir más de la cuenta.

Germán miró su smartwrist una vez más, el blanco estaba inquieto. Algunos dirían que presentía la mano de la muerte acercándose, pero él no era de esos. Había jubilado a muchos listillos y había sonreído a la muerte demasiadas veces como para haber atestiguado un fenómeno psíquico a esas alturas, y no

había nada de eso. La gente se cagaba al morir, pero si intuían algo, no era por casualidad.

Alguien había dado el soplo al pichón y ahora se movía como un loco por la casa. Puede que hubiera captado la señal de la mini cámara espía, puede que alguien le hubiera reconocido mientras hacía una vigilancia o, simplemente, que su subconsciente le estuviera avisando. Ese monstruo reptiliano que habitaba el cerebro de todos los hombres, por mucho que la Santa Iglesia se empeñara en divinizar al ser humano, podía a veces jugar con ventaja y mandar señales al consciente. Además, los infractores llevaban mucho tiempo viviendo, ese era su delito. No

había que juzgarlos por su apariencia ni medirlos por el baremo de las personas normales. No se llegaba a los doscientos años sin aprender trucos, agudizar los sentidos y sin un mínimo de inteligencia. Hacía falta dinero, mucho dinero. Y astucia para que no te detectaran. No eran presas fáciles. Germán lo sabía, cualquier día podría ser él que quien estuviera al lado malo del cañón.

No, todo ese movimiento de la imagen térmica no era una buena señal. Cuando vio aparecer la silueta de una maleta y volar ropa, supo que el tiempo se le escapaba. Era su tiempo o el del esquivador. No había ninguna duda de quién iba a ganar esa noche.

Hizo un gesto al camarero chino y le

ordenó que le guardara el chopsuey para llevar. El hombre le lanzó una mirada inescrutable pero poco amable con sus ojos rasgados y le pasó la cuenta, que Germán pagó con su biochip injertado bajo el pulgar. Con el rollito de soja encajado en la boca, recogió la bolsa blanca de fécula de baja calidad donde el cocinero había metido la comida y se alzó las solapas de la gabardina para evitar que la lluvia le entrara por el cuello. Se caló el gorro y comenzó a andar por la acera buscando el resguardo de las cornisas. Masticó rápidamente el rollito, no fuera que una gota del veneno negro que caía del cielo le entrara por la boca. Su estómago le devolvió una patada. No le gustaba

comer esa clase de bazofia normalmente, mucho menos a la carrera y con las glándulas segregando adrenalina. Si sobrevivía a esa tarde, tendría una noche de acidez.

Germán era un veterano, pero su cuerpo reaccionaba siempre como un chiquillo cuando iba a comenzar el fregao. Se palpó el Iraq Especial del 25 que llevaba en la cadera instintivamente y con su pie, al andar, tocó el pequeño revólver de la tobillera. Lo hacía muchas veces por costumbre, como quien se palpa la cartera para asegurarse de que la lleva. Las dos armas estaban en su sitio, y cargadas. Eso no tenía que comprobarlo, se aseguraba siempre de que estuvieran limpias y cargadas. Le

iba la vida en ello.

Llegó al portal y miró una vez más la cámara antes de sacar la ganzúa, mientras forzaba la cerradura derivó el vídeo a las gafas tácticas. Todo se veía más pequeño, pero ayudaba a dar una imagen global. El blanco seguía en su casa, moviéndose apresuradamente de un lado a otro. Tomó aire y empujó la puerta. Un desagradable chirrido inundó la escalera de vecinos. Nadie engrasaba ya las cosas, era una puta vergüenza. Todo se iba a la mierda.

Miró la cámara otra vez y comprobó cómo la figura térmica se detenía un segundo. Maldijo en silencio y escupió al suelo. Había perdido el factor sorpresa. Subió los escalones de dos en

dos intentando hacer el menor ruido posible. Sus huesos chasquearon por el esfuerzo y sintió cómo el corazón se le salía por la boca. El rellano del apartamento le sirvió para tomar aliento. Los pulmones le estaban fallando, estaban llenos de la mierda de la ciudad y de los tóxicos del aire. Si conseguía suficiente dinero, quizá podría cambiarlos en una granja clónica. Un par de trabajos más y quizá...

Comprobó el panel táctico y vio cómo el hombre se movía cuidadosamente, con una mano alzada portando un objeto frío. Una pistola, seguramente. Su compañera, una fulana fugaz que vivía con él, se estaba arrebujaando en una esquina tras la cama.

Germán calibró sus posibilidades. Si intentaba entrar por la puerta le recibirían a tiros, sería un intercambio de plomo bastante desagradable y las posibilidades de salir vivo mermarían. Siguió subiendo al piso de arriba y forzó la cerradura con cuidado. Dentro, una familia de rumanos le miró aterrada cuando irrumpió en su salón en mitad de la cena.

—Shhh —hizo un gesto con su arma para que se callaran—. No quiero nada con vosotros, ¿vale? Solo vengo a por el de abajo —apuntó con su arma a la cara del padre de familia—. ¿Eso te causa algún problema?

El tipo negó con la cabeza y tragó el pedazo de carne sintética que estaba

masticando. Germán miró el plato central, un estofado de carne sospechosa deshebrada, que olía a rayos, ajo y quien sabe qué otro incauto ingrediente había caído en la cazuela. Sus tripas lanzaron una bocanada de ácido gástrico. Pasó de largo y se metió en uno de los dormitorios. Vigilaba constantemente al blanco. Su mayor temor era que echara a correr mientras él estaba ahí y tuviera que emprender una alocada persecución bajo la lluvia, con desventaja y a la desesperada. Pero normalmente los esquivadores tenían un bagaje considerable, emocional y físico. No se iría de su nido sin llevarse al menos un par de maletas. Y pasta en efectivo. A menos que fuera un caso muy

excepcional, aún tenía unos minutos antes de que saliera por la puerta, y era justo lo que necesitaba.

La ventana del dormitorio estaba atascada, se notaba que no se abría desde hacía años. No culpó a los rumanos, ¿quién querría abrir una ventana en Madrid? El aire de dentro, por viciado que estuviera, siempre era mejor que el de fuera. La publicidad corporativa alababa el aire puro de las fábricas de oxígeno, pero no había cúpulas, salvo en las Torres. En la ciudad, el oxígeno de las fábricas se mezclaba con el aire envenenado del planeta. Por eso, cualquier casa podía tener un pequeño purificador que impedía que cogieras un enfisema en dos

meses. Aun así, la puerta del balcón cedió finalmente, y Germán se asomó. Por suerte, había dejado de llover y no tuvo que mojarse más. Miró hacia abajo y vio la luz encendida del cuarto donde la fulana seguía aterrorizada. Sacó un microfilamento de su cinturón y ató un jarrón horrible con unas ranas de plástico cantando en la base con un extremo, y el otro, a la barandilla del balcón. Midió bien la distancia y volvió al comedor.

—Tú, ¿cómo te llamas? —preguntó al niño pequeño que estaba más cerca de la habitación.

—Vasile —contestó el pequeño soltando el cubierto en el plato y dándose la vuelta.

—Vasile, ¿quieres ganarte una chapa?
—dijo enseñando una moneda de plástico al pequeño.

—¡Claro!

—Ven aquí —dijo, señalando la habitación. El padre hizo ademán de levantarse para impedirlo, pero Germán le hizo una negación con la cabeza apuntándole con la pistola—. Cuando salga por la puerta, cuentas hasta cien y vas a tirar este jarrón con todas tus fuerzas justo hacia delante, ¿vale?

El niño asintió y Germán le dio el jarrón, que sujetó con las dos manos. Lo puso delante del balcón y le metió la moneda en el bolsillo del pantalón.

—Lo tienes que hacer bien, porque si no...

—¿Me quitará la chapa?

—Volveré y mataré a tus padres, a tus hermanos, y a ti te sacaré los ojos — dijo Germán muy serio—. Empieza a contar. Sabes contar hasta cien, ¿no?

—Uno, dos... —coreó el niño por respuesta.

Germán salió del cuarto y dejó otra moneda sobre la mesa.

—Esto es por el jarrón y las molestias. Es una mierda de jarrón, es más de lo que vale —miró a la mujer y luego al hombre—. ¿méi wèn tí?

La pareja asintió petrificada y Germán escuchó al niño llegar a veinte. Tenía ochenta más para bajar. Corrió hasta las escaleras y bajó sigilosamente, apoyándose en la barandilla para

restarse peso y hacer menos ruido. La imagen de su visor mostraba a su víctima cerca de la puerta, agazapado, esperándolo. Germán sonrió como un lobo y metió una carga de explosivo en palillo en la cerradura. No podía arriesgarse con la ganzúa, podrían dispararle al oír el ruido a través de la puerta.

Preparó el detonador con su smartwrist y esperó el momento adecuado. Mentalmente contó hasta setenta. El niño ya debía de haber llegado a cien. Apretó los dientes furioso. Si tenía que volver a subir iba a aumentar el riesgo de que se le escapara y lo mismo tendría que matar a uno de los putos rumanos, solo para dar

ejemplo. No es que fuera un problema, seguro que no tenían dinero para pagar el seguro policial, así que nadie le iba a pedir cuentas por un par de vlads. Pero no le gustaba matar a gente gratis. Y menos a pobres diablos. Se estaba ablandando con la edad.

Llegó a cien y entonces escuchó el ruido de los cristales. El niño había cumplido, lo que pasa es que era un poco lento. La figura térmica se dio la vuelta alarmada y un grito de terror surgió de la casa. Germán calculó el momento y pulsó el botón del computador de muñeca. Una fuerte explosión sacudió la puerta y él terminó de abrirla con una patada. El Esquivador estaba al fondo del pasillo,

recortado contra la luz de la alcoba. Era un blanco de galería de tiro. Apuntó un segundo mientras el pichón se daba cuenta de que se la habían jugado y giraba sobre sí mismo. Era rápido el muy cabrón. Ya podía serlo, con toda la pasta que se había pulido en Suero de Ponce debía tener las terminaciones nerviosas de un chiquillo. Pero por rápido que fuera, no era más rápido que una bala.

El primer impacto le alcanzó en el hombro, dos dedos a la izquierda de donde apuntaba. No era un mal tiro, teniendo en cuenta la distancia y el movimiento. El arma del hombre salió volando y cayó con un ruido sordo en el suelo del dormitorio. Germán comprobó

una vez más que no hubiera sorpresas antes de entrar mediante la cámara térmica y corrió hasta su objetivo para evitar que intentara nada raro. El hombre se agarraba el pecho con dolor y jadeaba intentando moverse con dificultad, resbalándose en un charco de su propia sangre.

—¡Quieto! —ordenó Germán apuntándole a la cabeza.

Más adelante, la chica había empezado a llorar histérica; la ventana rota dejaba que la lluvia, que volvía a castigar la ciudad, entrara manchando la tarima con sus gotas negras. Como un macabro ahorcado, el jarrón se tambaleaba al son del viento inclemente.

—Hijoputa...—jadeó el tipo desde el

suelo— no sabes quién soy yo.

Esa era una de las que esperaba. “Por favor, no” era otra, “Puedo pagarte” la seguía de cerca. Algunos le salían con cosas más poéticas “No sabes las cosas que he visto, no puedes dejar que desaparezcan” era una de sus favoritas, de las que siempre recordaba. ¿Por qué esos listos se pensaban que tenían más derecho a vivir que los demás mierdas del arroyo?

Claro, para ellos no era justo que un don nadie acabara con sus cien años de vida, pero sí era justo comerse los recursos de las generaciones futuras. Eran un cáncer, una plaga para este mundo hastiado y exhausto. Eran como los invitados de una fiesta que nunca se

quieren ir, aunque el anfitrión esté de pie, con la puerta abierta, suplicando porque tiene que madrugar al día siguiente. Eran egoístas, narcisistas e irreflexivos, todo lo que había parido la Edad del Despilfarro. La viva esencia de una filosofía que había destruido el planeta.

“No sabes quién soy yo”, era un clásico de la chulería. En la antigua España, en cualquier parte. Alguien siempre creía que era demasiado importante para que eso le pasara a él. “No puede hacerme esto, soy americano”, decían en las viejas películas. Pero, al final, eso no importaba. No importaba quién eras, ni qué tenías. Solo importaba quién tenía la

pistola.

—Claro que lo sé, estúpido —dijo Germán tomando una muestra de sangre del suelo con un provulador—. Por eso estoy aquí.

El hombre se dio la vuelta y miró a la cara a Germán mientras este comprobaba por el rabillo del ojo que el ADN coincidía.

—No lo entiendes —jadeó el tipo, con la voz quebrada por el dolor—, no merezco morir así.

—No. Merecías morir hace doscientos años. Era cuando te tocaba, agradece que hayas vivido todo ese tiempo de regalo.

El esquivador se rió amargamente, terminando con una tos incontrolada que

salpicó el suelo con gotas pequeñas de sangre.

—¿Regalo? ¿Es un regalo vivir en este mundo? ¿Es un regalo recordar otros tiempos, cuando el cielo no era gris, cuando el agua estaba limpia, había animales salvajes, creatividad, países, democracia?

—Ya sabemos cómo funcionó eso, ¿verdad?— rebatió Germán impaciente esperando el resultado— ¿Estás confesando haber violado el acta de Merkel de 2091? ¿Estás declarando haber consumido de manera ilegal prolongadores de vida?

—Me vas a matar igual, ¿no? —dijo él sentándose en el suelo y empujando su cuerpo contra la estantería.

—No te voy a matar. Voy a jubilarte.

—¿Eso te hace dormir mejor por las noches? —el hombre le lanzó una mirada llena de desprecio.

Germán suspiró cansado. El pichón le estaba empezando a molestar. Si confesaba, se ahorraría la prueba de ADN y podría rematarlo con un tiro en el corazón y llevarse la cabeza de una puñetera vez.

—Yo no hago las leyes. Solo las cumplo —se explicó desgano.

—Sí. Tú también has vivido por encima de tu tiempo. Lo sé. A las Parcas os dejan tomar Suero de Ponce con permiso oficial.

—Tú lo has dicho, oficial. Esa es la diferencia. Tú eres ilegal, yo no. Tú

joderías este planeta por puro egoísmo, yo soy un servidor público.

El hombre escupió a los pies de Germán y lo miró con asco.

—¿Te crees las mentiras de la corporación, o solo es algo que te repites para justificarte?

—Da igual —le mostró el provulator—. Positivo. Naciste hace doscientos veinte años, sin permiso de longevidad. Eres mío.

—No me conoces, no sabes quién soy ni lo que hago, pero te crees con derecho a juzgarme. Te crees con derecho a decidir si vivo o muero.

—Yo no decido nada, yo solo jubilo a la gente —dijo Germán apuntando al corazón del hombre.

—Hay otro camino. Las cosas no tendrían que ser así. El mundo no debería estar en manos de unos pocos, no deberíamos vivir así. Hay gente luchando por el futuro...

—¿Has terminado? —dijo Germán con cinismo, levantando la vista del punto de mira.

—Eso parece —respondió el hombre, resignado.

El ruido del arma cayó como un trueno mezclado con la lluvia. La chica gritó sobresaltada y continuó llorando. Germán sacó la bolsa autosellante y la colocó en la cabeza del hombre. La activó y comenzó a cerrarse, cortando el cuello y cauterizando químicamente las heridas evitando una escabechina de

sangre. Germán se dio la vuelta y miró a la mujer, que se arrastraba hipando hacia el arma caída.

—Te pensaba dejar viva, pero si haces una gilipollez, no tendré ningún remordimiento en mandarte con él.

—Cabrón...—lloró ella— eres un asesino.

—Solo intento ganarme la vida —respondió él alzando los hombros. Se acercó a ella y la abofeteó, simplemente por costumbre, como quien tiene un movimiento estudiado. La mujer se dejó caer totalmente desfallecida.

Germán le puso unas bridas plásticas en los tobillos y muñecas y la subió a la cama.

—Ahora te vas a quedar aquí callada

mientras termino lo mío —dijo colocando una almohada tras su cabeza—. Si te preocupa que te viole o te mate, mejor te quedas callada. No es mi estilo, pero puedo cambiar si me cabreas lo suficiente.

Ella le miró con los ojos llenos de lágrimas y apretó los labios. Germán lo entendió como una aceptación y comenzó a recorrer la casa. Lo primero, el arma del tipo, que seguramente estaba sin registrar y valdría unas cuantas galletas, si la conseguía colar en el mercado negro. Desde el cambio de moneda a los Globales, aquellos cuadrados de plástico con holograma y chip de verificación, se había comenzado a llamar popularmente

“chapas” a las monedas de cualquier valor y galletas a grupos de Globales, sin importar el importe total, que seguían en el bloque troquelado con el que la corporación los emitía. Rebuscó en los bolsillos y sacó unas cuantas galletas y alguna chapa. Lanzó una mirada de reojo a la chica que le contemplaba con desprecio. Ese era su problema, seguro que le hubiera limpiado ella si hubiera podido.

Miró en los armarios rápidamente, buscando alguna joya o vestigio de caja fuerte. No había nada de suerte. En el baño, el pollo había tenido una buena colección de medicamentos. Germán se levantó las gafas para leer las etiquetas. Muchos genéricos, vitaminas y algunas

cosas buenas. Las echó en la mochila que había encontrado en el salón.

Miró la nevera por encima, un par de frutas transgénicas de calidad y dos tomates en miniatura que parecían naturales. Se los echó a la boca y siguió buscando. Tenía que tener algo de Suero de Ponce en el apartamento. Eso sí que valía una pasta. Y él necesitaba un tratamiento con rapidez. Su cuerpo estaba perdiendo facultades, notaba la vista cansada y los reflejos lentos. Un poco de suero, una semana de vacaciones con un filtro de aire y agua nuevos, y estaría hecho un chaval.

Era cuestión de vida o muerte; sin el suero de Ponce, perdería facultades y se tendría que retirar. Era la única forma

que tenía alguien de su estatus social de acceder a esa tecnología de modo legal. No se iría de allí sin el alijo.

Empezó a ponerse nervioso; encontró un par de chismes de alta tecnología que seguramente valdrían un buen pellizco si conseguía alguien que pudiera pagarlos, pero nada de suero. Odiaba tener que rebajarse a interrogar a la chica, lo había tenido que hacer una vez o dos con algún familiar del esquivador o una fulana en un caso, y se sintió como un yonki repugnante. Pero si tenía que hacerlo, lo haría. El Ponce bien lo valía.

A cada minuto que pasaba, había más posibilidades de que algún carroñero viniera atraído por los restos del asalto. O que un grupo de corpólis se

presentara. Seguramente, un payo perla como este tendría contratado un seguro policial, aunque de nada le iba a servir contra una Parca, su prerrogativa era superior a los seguros corporativos. Aun así, los corpolis lo joderían todo. De primeras querrían su parte de las galletas y meterían mano en todas partes. La fulana no estaría cubierta por el seguro y querrían propasarse con ella. Y eso... era muy desagradable, no le gustaba, por mucho que la hubiera amenazado con ello. Puede que tuvieran más que palabras si intentaban violarla. Puede que incluso encontraran el suero antes que él y se lo guardaran. A lo mejor no para usarlo, pero sí para venderlo. Si el suero era bueno, podía

alcanzar casi el sueldo de un mes por ampolla para uno de esos perros guardianes corporativos. No, lo mejor era que acabara su trabajo cuanto antes, limpiamente, como un profesional.

Intentó recordar los movimientos de la víctima antes del tiroteo, cuando estaba inquieto. Sí, iba y venía sobre el mismo sitio. Si pudiera ubicarlo, cabía la posibilidad de que ahí tuviera su alijo. Activó la señal de las gafas de nuevo y se fue moviendo por el apartamento hasta que su imagen térmica estuvo cerca de donde recordaba haber visto al esquivador. Miró desde ahí hacia todas partes y finalmente al suelo. Si, ahí estaba. La puta tarima. Era un lujo que seguramente no venía en un

apartamento costoso de un barrio de segunda. Él la había traído consigo. Madera vieja, de la buena. Con tacto a madera y olor antiguo.

Pisó con delicadeza buscando un desnivel y encontró un tablón que sonaba a hueco. No se paró a buscar el mecanismo que lo abría, cogió un destornillador e hizo palanca en una de las ranuras, era un crimen joder ese material, pero de nuevo: prioridades. La madera se astilló al principio, pero eso solo le sirvió para tener más espacio para meter el hierro. Finalmente, el tablón se levantó, desgarrando el mecanismo que lo contenía.

Era hermoso. Una caja autorefrigerada con diez ampollas azules

en fila, una detrás de otra. Era Ponce. Seguro. Germán lo sacó con cuidado y miró a todas partes lleno de una súbita aprensión. Ahora tenía algo que valía más que todo ese puñetero edificio. Se sentía vulnerable y paranoico. Se guardó la caja en la mochila y volvió al cuarto. La mujer tenía la mirada perdida y triste. Germán cortó sus bridas con una navaja de combate y la chica se frotó las marcas que le habían dejado.

—Bueno, yo me abro —anunció, señalándole la casa—. Pilla lo que quieras, seguramente tú sepas dónde guardaba las cosas buenas. Yo ya tengo lo que quiero.

Ella le lanzó una mirada triste y condescendiente.

—No quiero nada. Lo único que quería ya te lo has llevado —su voz era como un gemido, a Germán le llegó hasta el fondo del alma.

—La caja es mía. Por ley —dijo, levantando la mochila.

—Llévate tu mierda. Yo lo quería a él —sollozó ella señalando al cadáver—. No tienes ni idea de lo que has hecho, de quién era. Era brillante, era maravilloso. Nunca encontraré a alguien como él.

—Eso se dice siempre, pero con esa cara y esas tetas, pronto estarás del brazo de otro gilipollas. Solo asegúrate de que el siguiente aparente su edad —dijo mientras se marchaba por la puerta.

—Me das asco —le escupió desde la cama.

—No se puede agradar a todo el mundo —Germán, cínico, se encogió de hombros sin quedarse para escuchar más insultos.

Mientras bajaba por la escalera, un fuego comenzó a subirle por el cuello hasta la cabeza. ¿Quién se creía ella para juzgarle? Él no era ningún cerdo. Solo había hecho su trabajo. Era la ley, no era culpa suya que el mundo fuera una mierda, solo intentaba sobrevivir. Si hubiera sido un cabrón se la habría tirado después de atarla y la habría pegado un tiro por puta bocazas. O primero le hubiera pegado un tiro y después se la habría tirado. Había un tipo en el grupo de parcas de Lavapiés que... bueno, eso, que podría haber sido

como él.

Pero Germán no. Había sido comprensivo, le había dejado parte del botín, aunque él no pudiera cargar mucho más, pero seguía siendo un detalle. Le había perdonado los insultos y la mala educación. Joder, era un puto santo.

Ese era el problema de los tiempos que corrían, los jóvenes no tenían respeto por sus mayores. Con un poco de suerte, con el suero que tenía, si pillaba a un par más de esquivadores, él también sería uno de esos jóvenes.

Padre Abraham J. Carras

El Padre Abraham besó su estola y se la colocó en torno al cuello. Era vieja, como la iglesia a la que había sido destinado, pero él no. Era uno de los nuevos sacerdotes ordenados aquel año, y esa era su primera misa en latín fuera del seminario. Se volvió a su rebaño y eso despertó un murmullo de sorpresa. Abraham sabía que no era lo corriente; dar la espalda al Salvador y conceder la deferencia del contacto visual a los fieles era algo inusitado. Alzó las manos y comenzó la homilía, entonando en un latín chapucero los salmos y las bienaventuranzas.

Miró de reojo al párroco que relevaba, un anciano con espesas cejas blancas y pelos en las orejas, espeluznantes y poblados. Se dio cuenta de que pronunciaba las ces en castellano, pero no le importó. Dudaba que uno solo de los feligreses entendiera una sola palabra de lo que estaba diciendo, quizá una o dos palabras de raíces comunes, pero poco más. No podía esperar gran cosa de una iglesia en una zona marginal; sin embargo, ellos sí esperaban mucho de él. Veía las caras demacradas y macilentas de su rebaño y podía leer una historia de pobreza y miseria en cada una de ellas. Alzaban sus ojos hacia el Cristo con las cejas arqueadas en un gesto patético,

suplicando por una señal, por un rayo de luz o un poco de suerte. Musitaban sus plegarias coreando los versos en latín sin saber bien qué significaban, entendiendo solo a un nivel subconsciente el poder místico que les podía otorgar la vida eterna.

Abraham apretó los labios al sentir el olor que desprendían. Muchos no se habían lavado para el servicio de la tarde. Seguramente no se habían lavado en mucho tiempo. Las duchas no eran una prioridad en los arrabales. El agua limpia era cara, y no se podía desperdiciar en lujos superfluos como un baño. Solo podían aspirar a una ducha seca química. Tendría que cambiar eso, de alguna forma lo

conseguiría. No iba a aguantar ese hedor ácido y almizclado. No cada día, en cada servicio. Tendría que imponer una política de higiene mínima.

Se le fue la cabeza en esos pensamientos y traspapeló dos versículos. Nadie se dio cuenta. Solo el viejo cura, que meneó la cabeza apesadumbrado.

Abraham terminó apresuradamente el sermón y procedió con el sacramento de la comunión. Se formó una fila y fue introduciendo las diminutas hostias liofilizadas en las bocas hediondas de su congregación. Puede que muchos solo pudieran comer eso por la tarde, quizá debería intentar que las hostias fueran más grandes, añadirles algo para su

nutrición, seguramente no sería un gasto demasiado grande para la iglesia, y muchos lo agradecerían. El agua sacramental, tintada de rojo y con saborizante de vino, daba igual; pero podría cambiar las hostias por píldoras proteicas. Puede que no fuera del agrado del claustro, pero eso no le importaba. Tenía grandes planes para mejorar las vidas de aquellos malditos.

Mientras sus fieles se alejaban del púlpito, descendió el Ángelus, un robot levitrónico que era un torso flotante con hábito de monaguillo y cara plástica irrisantemente bondadosa, pasando el cepillo y registrando con su ojo láser quién donaba y cuánto. Abraham se sintió molesto. Sabía que las enseñanzas

del Salvador exigían que se aplicara el protocolo de Pedro, pero le parecía burdo y soez. Era una prostitución de la fe. Había leído mucho en el seminario, había leído a Monseñor Escribá, a Santo Tomás y a Demian Jobs, el profeta redivivo, había estudiado incluso a Nietzsche, Erasmo, Marx y Dawkins. Libros prohibidos que el Vaticano mantenía ocultos bajo claves de seguridad que se podían saltar si uno sabía suficiente de ordenadores. Y en el Vaticano, si algo sobraba eran hackers.

Abraham nunca había presumido de sus conocimientos extra curriculares. Lo primero que aprendía un hacker era a no demostrar que lo era. Muchos jóvenes usaban sus conocimientos para hacerse

notar, para alardear y hacerse un nombre. Esos idiotas tarde o temprano recibían una visita de la Santa Inquisición. Nada se movía en la red sin que el Salvador lo supiera. Después de dos milenios de fe, Cristo había vuelto en la forma de Demian Jobs, había muerto para limpiar los pecados del mundo y había renacido al tercer día, como un ente post humano digital.

Jobs había creado lo que los católicos llevaban años predicando; el cielo y el infierno. Eran reales, más reales que nunca. En los servidores del Vaticano se almacenaban los patrones bioeléctricos de los fieles, unos para recibir su descanso eterno y otros para sufrir los fuegos del infierno por sus pecados. La

red de neurotransmisión de la santa sede cubría el mundo, recogiendo las almas de los muertos y llevándolas a su juicio virtual.

Jobs había salvado las almas de los hombres. Jobs había salvado a la Iglesia Católica. Tras un siglo espeluznante de creciente laicismo, ateísmo científico y escándalos pedófilos, la iglesia católica estaba destrozada moralmente. El continuo sangrado de creyentes a otras religiones más consecuentes con los tiempos, o directamente al agnosticismo o ateísmo habían dejado al Vaticano como una anécdota de otros tiempos. La Santa Madre Iglesia estaba muerta, pero no así su cuenta corriente.

Tras milenios de control y expolio,

las arcas vaticanas estaban repletas, literal y figuradamente. Aparte de los maravillosos tesoros en joyas y cultura, la Iglesia controlaba empresas, gobiernos y medios de comunicación por todo el mundo. Las universidades prestigiosas de Latinoamérica y Europa eran una cantera continua de talentos científicos que, desgraciadamente para ellos, pujaban contra la fe.

Menos uno.

Demian Jobs, ingeniero informático, neurólogo y devoto cristiano, había descubierto finalmente el alma humana. O al menos, la conciencia bioeléctrica que componía el ser humano. Sus primeros experimentos consiguieron traspasar una mente a un

superordenador. Eso le hubiera valido el premio Nobel si las orejas atentas del Vaticano le hubieran dejado hacer público el descubrimiento. En lugar de eso, el Papa invirtió una obscena cantidad de dinero en crear el Cielo. Finalmente, el Vaticano podía prometer y demostrar que cumplía con lo que siempre había predicado. Podía dar el cielo a los fieles.

El protocolo Pedro medía quién era digno y quién no de entrar en el servidor central una vez muerto. Y no era una promesa de fe, era una realidad. Las almas de los difuntos estaban ahí, podían “verse” y podían comunicarse con los vivos. Por primera vez en la historia de la humanidad, el más allá

daba una señal. Aunque fuera mediante una pantalla táctil.

Mediante un sistema de puntos se designaba quién era digno del cielo y quién merecía un eterno castigo en el infierno virtual. Evidentemente, el dinero era una forma de ganarse una parcela celestial. Los servidores del Paraíso no eran baratos de mantener, necesitaban continuas ampliaciones para albergar a los nuevos salvos y la iglesia esperaba que aquellos que quisieran vivir eternamente al lado del Señor dieran todo lo que pudieran para contribuir a la salvación de la humanidad.

También los pecados restaban puntos. Por encima de todos, el pecado de la

soberbia. Tomar el suero de Ponce era un pecado mortal. Dios había dado a la humanidad un tiempo en la tierra, intentar conseguir la inmortalidad física era una blasfemia imperdonable contra la que se lanzaban discursos desde cada púlpito de cada parroquia. Los matusalenes eran orgullosos necios que construían su vida en torno a la Torre de Babel. El hecho de que la mayoría de ellos vivieran en los complejos de lujo aislados conocidos como las Torres era una coincidencia poética que los predicadores no dejaban escapar. El hecho de que los grandes obispos vivieran en esas mismas instalaciones era algo que no merecía estar en la homilía, desde luego.

Abraham pensaba que existían pecados mucho peores, pero ¿quién era él para discutir la palabra del Santo Padre?

Mientras miraba el trabajo incansable del droide de recolección, el Padre Cheng se le acercó apoyándose en su bastón.

—No ha sido muy inteligente —dijo señalando con la garrota al púlpito—. Eso de dar la espalda a Nuestro Señor.

—Creo que es más importante acercarse a la gente; Jesús preferiría que cuidáramos a su rebaño a que le glorificáramos a él —se justificó Abraham sin pensarlo.

El padre Cheng le golpeó con el bastón en la pierna.

—¡Idiota! Niñato impertinente. ¿Quién te crees que eres para cuestionar las cosas que han sido así desde el origen de la Iglesia? —Cheng caminó renqueante hasta el Ángelus, el droide cepillo, y recogió las chapas que llevaba en su bolsa blindada—. Empiezas dando una señal de debilidad y pronto verás cómo algún canalla rajará esto—refunfuñó alzando la bolsa, furioso.

—Las cosas no siempre han sido así; hubo un tiempo en que la misa se daba el idioma nativo y el párroco miraba a la congregación.

—Sí, sí —dijo Cheng moviendo la mano en círculos, haciendo tintinear las chapas de la bolsa—. Y los sacerdotes se

casaban y todo era vino y miel. Todos los que salís de esa cuna de blasfemos que es el seminario del Escorial, venís con idioteces de esas en la cabeza. Os creéis que podéis reinventar la rueda.

El padre abrió la bolsa y contó las chapas con los dedos; sus ojos apenas diferenciaban un valor de otro. Se sentó en la mesa lateral del claustro y apuntó en una pantalla el total de la colecta.

—Esas cosas se curan con el tiempo. El idealismo es una enfermedad, como la varicela, que es mejor pasar de joven. Dios nos libre de un idealista de más de treinta años —rió el viejo pastor—. Mira, si comienzas a ceder terreno, a humanizar a la chusma, pronto te perderán el respeto, y un día aparecerás

muerto y tu parroquia saqueada. Esto —espetó levantando una chapa y mostrándosela al joven—, es el lenguaje que tienes que intercambiar con ellos. Deben entender que la salvación cuesta, se paga en plástico y en respeto. Tú no eres uno de ellos, ni lo sueñes. No eres su igual, no eres su amigo, no eres su guía. Su guía es Jesús y tú eres solo un ministro, un representante. Lo único que tienen que saber es que tu palabra es la palabra de Dios, qué cosas pueden y no pueden hacer y el precio del cielo. El resto es una pérdida de tiempo.

—Eso no es muy cristiano —murmuró Abraham, molesto por la reprimenda.

—Ya has estado leyendo otra vez libros arcaicos, ¿verdad? Solo hay un

libro que tienes que consultar, El Neotestamento. No puedes ir por ahí con ideas del viejo testamento, o el “nuevo” —alzó las manos para hacer el gesto de las comillas—. ¿Cómo pueden llamar nuevo a algo de más de 2000 años? El Neotestamento es lo que importa. Cuando Cristo vino la primera vez, no se sabía nada de la red, de los ordenadores o de los servidores del Vaticano. No podemos esperar guiar nuestros actos por las leyes que dictó para los romanos y los judíos. Tras la segunda venida, tenemos su palabra para nuestros tiempos, en PDF. Y ya está. Igual que Jehová dejó claro cuál era el precio para un esclavo y Jesús habló de panes y peces, Jobs habló del nuevo

catecismo. Y es muy parecido a lo que decía Jesús, pero para nuestros tiempos.

Abraham se sintió tentado de refunfunar una respuesta, pero era inútil. Ese viejo usurero se retiraría en un par de semanas y le convenía que el informe al episcopado fuera favorable, discutir de teología y filosofía podía ser apasionante en el seminario, pero en la vida real casi nunca llevaba a nada constructivo. De hecho, era casi imposible encontrar alguien con quien discutir de algo así fuera del clero.

—Es solo que me dan tanta pena... esas caras hambrientas, sus ojos vidriosos... —intentó desviar la conversación para hacer creer a Cheng que había visto la luz.

—¡Pfff! —bufó el anciano—. Son mendigos, esas son sus caras de trabajar. Si tuvieras chapas sueltas, te dejarían limpio por pardillo. No sientas pena por ellos, no son como nosotros. Salta a la vista. Hace siglos que la humanidad se escindió, eso no lo sabes tú, porque la evolución fue borrada de tus bonitos libros, pero los humanos se separaron en dos ramas; una se hizo inteligente, fuerte y hermosa, como tú, —Cheng le agarró el bíceps frotando su brazo de una manera que incomodó a Abraham— y en otra casta, estúpida, ruin y traicionera, pobre y fea. No tienes más que verlos y mirarte luego a ti o a cualquiera de tus compañeros de seminario. ¿No están tus dientes

blancos? ¿Tienes tú alguna ulceración en la piel, tumores, calvas en el pelo? No. Y tú puedes entender las cosas, el latín, la religión. No, hijo, no. No cometas el error de ver en ellos a tus semejantes. No en vano siempre hemos sido pastores y ellos el rebaño.

Abraham fingió meditar las palabras del anciano, asintiendo con cara pensativa. Se dio cuenta del abismo intelectual que le separaba de aquel prepotente ministro de un Dios cruel. Claro que conocía la Teoría de la Evolución. Pero no iba a decir nada de lo estúpido de su razonamiento. Hacerlo sería casi como una confesión de culpabilidad. No sabía si el viejo era realmente un engendro de Satanás o le

estaba probando. Daba igual, pronto desaparecería de su vida y esta sería su parroquia. No tendría que rendir cuentas a nadie salvo al episcopado, y con rendir cuentas se refería al sentido literal, en chapas. El episcopado no interferiría en su ministerio, siempre y cuando el flujo de plástico fuera constante y alcanzara unos mínimos.

Si hubiera admitido conocer a Darwin, eso hubiera levantado más preguntas incómodas, preguntas cuyas respuestas abrían una hipótesis que él no quería que saliera a la luz.

Porque el Padre Carras era un hacker. Un experto en seguridad informática, sistemas y máquinas, capaz de penetrar en la seguridad de la biblioteca del

seminario y leer los libros prohibidos que llevaban décadas enterrados en los servidores de la Iglesia. No sabía cómo había comenzado su doble carrera, pero siempre había amado los puzzles y los rompecabezas. Cuando comenzó a utilizar ordenadores, siempre buscaba la forma de optimizar el rendimiento de sus aplicaciones y sus entornos. Eso le llevó a trastear con los entresijos de los sistemas, a buscar más y más información y a darse cuenta de qué era y los peligros que conllevaba su talento en el mundo actual. Solo había una salida para la gente con su capacidad; el Vaticano, o las corporaciones. Ser un esclavo, un dron de las grandes hidras ponzoñosas que dominaban el mundo.

Pero Abraham encontraba tan excitante el conocimiento como su libertad. Le apasionaba tanto leer un texto prohibido por lo que aprendía como por el mismo hecho de que estuviera penado. Había encontrado una frase en uno de los libros del siglo XX que definía claramente su filosofía. “La información desea ser libre”. Cuando leyó esas líneas supo qué era lo que le definía. Era un Hacker, una mente inquieta que desmontaba las cosas para saber cómo funcionaban, que destruía un mecanismo para reconstruirlo de manera más eficiente, reciclaba material e información para crear algo nuevo y misterioso.

En aquel momento, tuvo que elegir;

vivir una vida de anonimato y secreto, o fichar por uno de los grandes. El Vaticano no dejaría que gente con su talento y su mente vagara libre por el mundo. Literalmente, podrían asaltar las puertas del cielo.

Abraham dudó durante el segundo año de seminarista si ceder a la paz espiritual y dejar que sus maestros conocieran su talento, pero entonces descubrió el Ferrocarril, una misteriosa organización encubierta que tomaba su nombre del siglo XIX, de los tiempos de la esclavitud. En aquellos tiempos, el Ferrocarril Clandestino llevaba esclavos de un país que permitía la esclavitud a otro que no, ayudándoles así a alcanzar la libertad. Este moderno

Ferrocarril Clandestino, se encargaba de liberar esclavos también, pero según sus propias palabras, “esclavos de las ideas”.

Abraham les encontró en la red católica, pero también encontró rastros suyos en las redes estatales. Allí conoció Internet, un mito olvidado por muchos y solo recordado en oscuras referencias históricas y en novelas descatalogadas, porque toda referencia a ese mito era revisada y corregida antes de una reedición. Internet era como el país de Jauja para los hackers; una red donde no había control de la información y sus habilidades eran las que marcaban el límite, que conectaba todos y cada uno de los puntos del

globo.

Costaba mucho pensar que una vez había existido algo así, un lugar donde toda la información corría libremente, sin control de las grandes corporaciones o la Inquisición. Un lugar donde la gente podía decir lo que pensaba, donde podían ser Anónimos. Los miembros del Ferrocarril se hacían llamar así en tono de broma, Anónimos. Y más les valía serlo.

Abraham había visto a los inquisidores. No eran gente con la que uno quisiera pasar más tiempo del cortésmente necesario. Tampoco eran gente que uno quisiera evitar. Después de todo, solo los que tenían algo que ocultar evitarían a un inquisidor. Sin

embargo, cuando se estaba en presencia de uno, el primer deseo de cualquier persona sensata era huir cuanto antes. Sus ojos oscuros, penetrantes, que parecían nunca parpadear y siempre estar buscando una grieta en las personas, un resquicio donde pudieran encontrar un delito o pecado que llevara a la excomunión o el encarcelamiento.

Abraham no era nadie, era un simple estudiante, de modo que nunca había tenido que ser interrogado por un inquisidor, y daba gracias por ello. Pero sí que había pasado sus inspecciones rutinarias, y había detestado cada segundo de ellas. El inquisidor que le había examinado parecía estar por segundos derribando las murallas

mentales de Carras. Era como encontrarse con un algoritmo de fuerza bruta humano, testando cada posibilidad, cada contraseña, cada combinación hasta lograr romper la clave. Abraham agradeció a Dios cuando su examen acabó. Como todo algoritmo de fuerza bruta, si se le da potencia y tiempo suficiente, puede destruir cualquier contraseña. Abraham era frío y calmado, podía aguantar un interrogatorio, pero no esa mirada.

No sabía qué habría ocurrido de tener que estar bajo su escrutinio en un interrogatorio, pero no iba a averiguarlo.

Ser anónimo era la única defensa contra la Santa Inquisición. Un anónimo

no era nadie, era todos, era legión, porque muchos habitan dentro de él. Un anónimo no conocía a otro anónimo, no podría delatarle. Y como decían los miembros del Ferrocarril, un anónimo no olvida, no perdona.

Escuchaba de fondo la voz de Cheng despotricar sobre cosas sin mucho sentido, para Abraham era como el ruido de fondo de una televisión en una casa; hacía compañía, consumía energía y a veces daba dolor de cabeza, pero no podía apagarlo, o alguien se quejaría.

—Esas tonterías del bien y el mal quedaron atrás, hijo —continuó el padre Cheng, creyéndose tremendamente interesante y profundo—. Vienen de tiempos en los que había que discutir

sobre las escrituras, sobre la existencia misma de Dios. ¿Ves eso?—dijo, señalando la terminal que enlazaba con el Paraíso en el Vaticano—. Ahí puedes ver el más allá. Puedes ver las almas humanas y si quieres, si realmente quieres, el infierno. Es real, es tangible. ¿Quién necesita teorizar sobre la creación o el Apocalipsis? Vivimos tiempos maravillosos.

Abraham recordó la cara demacrada de los niños que habían ido a su iglesia esa tarde. No, no eran tiempos maravillosos.

Lorelei

La puerta del apartamento se abrió con un ruido de descompresión hidráulica. Las luces se encendieron automáticamente y las fuentes Zen que adornaban la diáfana estancia comenzaron a fluir, dejando escuchar su suave murmullo. Lorelei entró tambaleándose con los zapatos de tacón en la mano y su bolso en la otra. El alcohol corría por sus venas en una cantidad respetable, no la suficiente para llevarla a un coma etílico, pero sí para que a la mañana siguiente, que estaba demasiado cerca, le costara recordar lo que había pasado esa noche. Sus alas batieron torpes y

descompasadas chocando contra el marco de la puerta. Lorelei agarró el ala y la introdujo torpemente, causándose un dolor intenso. Aún no se había acostumbrado a ellas, y eran un auténtico engorro. Sobre todo, a la hora de dormir.

—Ay, mierda —dijo doblando el ala conscientemente y sintiendo el punto de la contusión—. ¿Por qué las tienen que hacer con dolor?

Nadie respondió. Era su apartamento de soltera, no le era fácil encontrar alguien con quien compartirlo, al menos, no más de unas noches.

Lorelei era preciosa, como todas las chicas de las Torres. Nadie quería tener un hijo feo, y si se vivía en las Torres,

se podía pagar un poco de retoque embrionario. Aun así, siempre había gente con más suerte que otra, y Lorelei era una preciosidad incluso para el estándar de las Torres. Era bajita, de un metro sesenta como mucho, ojos de un azul profundo y melena rubia dorada, como cascadas de miel. Su piel era blanca y ligeramente pecosa alrededor de la nariz, como si alguien hubiera espolvoreado unas manchas de canela deliciosamente colocadas al azar. Su cuerpo era esbelto, ligeramente relleno pero musculoso y firme. Nadie que se respetara un poco se permitía estar demasiado gordo, ni demasiado delgado. Para eso estaban los gimnasios y las colonias bacterianas estomacales.

Lorelei dedicaba las tres primeras horas de cada día a ejercitarse en uno de los mejores gimnasios de la Torre Alfa, dos de esas horas con monitores de primera clase de danza y pilates.

Las alas habían sido un capricho, era hermosa y dulce, como un hada. Muchos hombres se lo habían dicho. Cuando su cuerpo desnudo brillaba al contraste de la luz de la luna llena, sus músculos se contorneaban en la oscuridad y ella se cubría con falso pudor con la sábana, muchos perdían la compostura y musitaban idioteces, la más común era esa. Lorelei parecía un hada de cuento; bella, ultraterrena, inalcanzable, mágica.

Implantarse alas era uno de los bioretoques que estaban de moda en la

vida social de las Torres. Muchos las llevaban, pero había suficientes especialistas y modalidades como para que no fueran vulgares. Había alas de mariposa, muy vistosas pero que se rompían con facilidad y lo ponían todo perdido de polvo. A Lorelei le ofrecieron esas, y por un momento le tentaron por la variedad de colores y diseño, pero luego recordó algunos episodios de conocidas o enemigas a las que se les habían rasgado al dormir o en los antros, y prefirió algo más sólido.

Tampoco quería unas de avispa o de águila. Eso era más para las que buscaban un aire agresivo y dominante. No era el juego de Lorelei. Ella atacaba con su aspecto inocente y tentador, a los

hombres les encantaba tontear con la pedofilia, era algo que les inculcaban desde hacía tanto... Optó por las alas de cisne; eran blancas, estilizadas y hermosas, le caían sobre la espalda como una lluvia de plumas blancas. Cuando las extendía, parecía un ángel de los que salían en las películas de Pascua, el juego blasfemo también atraía a los hombres. Todo lo que fuera ir contra las normas establecidas creaba un morbo especial, y Lorelei amaba el morbo.

Ordenó a las luces que pasaran a modo siesta. De haber venido acompañada, estaban programadas para pasar a modo seducción. Pero esa noche no había encontrado a nadie interesante

para compartir su tiempo. De hecho, llevaba un mes que no conseguía atraer la atención de los chicos que le interesaban. Eso empezaba a ser un poco molesto.

Se quitó el maquillaje de los labios, el único que usaba, y dejó su ropa sudada en el dispensador. Dudó unos segundos si mandarla a reciclar o limpiarla. Era un vestido precioso, pero usarlo demasiadas veces la haría perder caché entre su círculo, de modo que pulsó el botón de reciclar y lo mandó a la basura.

Paseó desnuda por el apartamento, buscando la nevera en la penumbra y sirviéndose un zumo de fruta sintética. Era una fórmula especial anti rescaca.

Esperaba que por la mañana no tuviera que tomar drogas para el dolor de cabeza, le esperaba un día agotador. Su padre iba a comer con ella y tendría que estar dos horas paseando por los Jardines Presidenciales. Eso, después de su sesión de gimnasio y elegir la ropa adecuada. Demasiado estrés.

Se dejó caer en la cama inteligente y se estiró notando cómo el alcohol le hacía flotar, como intentando salir de su cuerpo. Las alas la molestaban al tumbarse boca arriba, pero la cama compensó la presión y pronto estuvo confortablemente recostada, acariciando el raso de las sábanas.

El tacto era delicado y suave, la hizo sentirse juguetona. Realmente, hubiera

deseado que aquel idiota de pelo castaño y tatuaje bioluminescente la mirara y estuviera ahora sobre ella jadeando. Pero había preferido a aquella sosa con ojos de gato. Una lástima, él se perdía aquel cuerpo.

Lorelei miró hacia abajo y dobló las piernas. Sus músculos se tensaron, dejando ver unas líneas oscuras en los gemelos y notando la tensión de los abductores. Alzó su pelvis lentamente, contemplando el monte de Venus cubierto por un cuidado y brillante pelo rubio rizado. Acarició sus muslos y se sintió inquieta, llena de deseo. Se mordió un labio y jadeó, oliendo su propio aliento lleno de alcohol y excitándose con su calor.

Activó el vídeo que ocupaba toda la pared y seleccionó una de los archivos que había grabado de un amante abandonado tiempo atrás. Era un idiota, pero sabía cómo hacerla gritar de placer. Bajó sus manos por ambos muslos hasta tocarse la entrepierna húmeda y rozarse el clítoris como disimuladamente. Un relámpago de sensaciones la inundaron y comenzó a acariciarse más fuertemente mientras en el vídeo el chico la tomaba por detrás, a cuatro patas, salvajemente. Miró su cara de placer y la del hombre de concentración y esfuerzo y recordó aquellos momentos mientras se masturbaba y jadeaba de placer. No iba a ser una noche tan mala después de

todo.

Se despertó con los altavoces del apartamento tocando una suave serenata de Beethoven; la Opus 25, reconoció. Era una de su lista aleatoria de desayuno. Los violines sonaban como trinos de pájaros y activó el canal paisajístico en las ventanas del apartamento. No le apetecía ver las Torres de buena mañana. El sol estaba sucio y había mucha gente moviéndose para ir a trabajar. Demasiado estrés.

Calentó dos tostadas sin hidratos y ordenó un zumo recién exprimido al dispensador. Llegaría en unos minutos. Mientras, fue a estirarse al baño, a vaciar la vejiga y a darse una ducha. El agua cristalina y caliente terminó por

despertarla del todo y se frotó el cuerpo con fuerza para permitir que las cremas hidratantes entraran por cada poro. Luego fue al espejo y se lavó los dientes blancos y brillantes. Se quedó mirándose un rato.

El corazón comenzó a latirle rápido y la ansiedad se cebó en ella. Tenía bolsas debajo de los ojos, pero lo peor eran las arrugas en las comisuras de los labios y en el borde de los ojos. Arrugas. Ella.

Era espantoso. ¿Cuándo había pasado eso? Solo tenía veinticinco años, no podía tener arrugas. Joder. Era una cría. Con razón no estaba teniendo éxito últimamente. Nadie quería estar con una vieja.

Se hidrató la cara. Dos veces. Las arrugas seguían allí.

—Mierda. Mierda, jopé. No me jodas — jadeó nerviosa.

Volvió a la cocina con el corazón palpitando. Se estaba haciendo vieja. Era horrible. Ya sentía la mano de la muerte acercándose a ella. Se veía en su lecho de muerte, en un hospital, al borde del abismo. Vieja. ¿Cómo había podido pasar? ¡Se cuidaba! Tomaba antioxidantes todos los días, no consumía demasiadas calorías. Vale, el alcohol... pero no iba a vivir sin divertirse, ¿no? Mierda.

Tenía que empezar a tratarse. Necesitaba el Suero de Ponce.

Su amiga Anaís había empezado a

tomarlo hacía dos años, tenía 30 y había visto los resultados ella misma; labios tersos, arrugas fuera y tetas altas como una quinceañera. Sus tetas estaban perfectas, pero las arrugas... por suerte, ese día había quedado con papá. Hablarían del tema. Le pediría que tramitara el papeleo y pagara el impuesto de Matusalén. Con los papeles, conseguir el suero sería fácil y en unas semanas su cuerpo se habría recuperado, volvería a tener 21, o 20... el suero no revertía cambios óseos o sustanciales, pero reparaba los tejidos. Nunca volvería a tener las caderas de los 16, pero sus caderas de 25 estaban muy bien. Se relajó un poco. Papá lo solucionaría todo.

Cuando volvió del gimnasio, se duchó de nuevo y comenzó a prepararse para su comida en los Jardines Presidenciales. Eligió un vestido que le recordaba a los que su papá le hacía ponerse de pequeña. Eso le tocaría las cuerdas de la nostalgia y sería más fácil convencerle de que su niña necesitaba Ponce para seguir siendo bonita y delicada. No era nada barato conseguir la licencia ni el suero, y puede que su padre quisiera convencerla de esperar. Lo normal era que la gente empezara a tomar Ponce a los 60 o 70, pero eso era una estupidez. ¿Por qué esperar a estar decrepito y feo cuando se podía mantener siempre joven y hermoso? Los viejos no sabían vivir. Por eso eran

viejos, a lo mejor.

Se colocó el pelo dorado en dos moños y los adornó con perlas, se dio brillo y los rizos dorados que le caían sobre su cara destellaron con las luces del baño. Se perfumó y se miró satisfecha. Parecía una niña buena e inocente. Recordó su misma cara en el vídeo que había visto la noche anterior y se sintió sucia y caliente. Le encantaba parecer un ángel y ser un demonio.

Se lanzó un beso y un guiño, y salió a encontrarse con su padre.

El ascensor la bajó al nivel de cintas corredoras y se apoyó en la barandilla móvil viendo pasar el paisaje. Era bastante aburrido, las cintas corredoras acercaban a la gente en un gran

recorrido cerrado cuadrado de un lado a otro de la torre. Solo había puertas y pasillos llenos de gente trabajadora. Eran un poco feos, pero era normal, solo eran servicio. No vivían realmente en la Torre, eran empleados a tiempo parcial y vivían en un subcorp, un suburbio corporativo controlado. Siempre era mejor que lo que había más allá de la zona corporativa.

Había oído rumores y visto muchas películas. Era una ficción muy común en los vídeos que circulaban por la red corporativa. Muchos trataban de cómo una pobre rata de ciudad se abría camino hasta triunfar y convertirse en un pez gordo corporativo. Había mil formas diferentes, unos fingiendo ser lo

que no eran, que al final aprendían que lo mejor era ser sinceros con ellos mismos; otros recibían una herencia de un familiar o ganaban la lotería y venían a vivir a las Torres. Solían ser comedias un poco repetitivas de situación, donde los modales toscos y totalmente inapropiados del callejero creaban situaciones hilarantes con las damas de alta sociedad, pomposas y reprimidas.

En general, lo que Lorelei sabía de fuera del distrito corporativo era que estaba sucio, había delincuentes por todas partes y la gente que estaba allí eran los perdedores. Solo hacía falta trabajo duro y una buena idea, tener los ovarios para progresar y uno podía convertirse en un adinerado habitante de

las Torres. O al menos, vivir en los subcorp, donde las cosas eran mejores y la policía corporativa, los corpolis, patrullaban continuamente. Pero la naturaleza era así. Unos se comían a otros, era el orden natural. Y funcionaba.

Lorelei abandonó la cinta cuando llegó al distrito Gobierno y bajó por el ascensor a los Jardines Presidenciales. La luz del sol entraba casi oblicua, bañando las plantas fragantes y multicolores; los estanques llenos de peces Koi burbujearon con sus cascadas artificiales y las parejas enamoradas caminaban contándose cosas al oído o dándose el lote en bancos de madera. Vio a su padre a lo lejos y lo saludó con

la mano como impaciente, dando saltos de alegría.

El hombre alzó la mirada; era un poco mayor que ella, con una suave perilla rubia y unas gafas puramente estéticas. Debía aparentar unos treinta. Tenía muchos más. Se había dejado envejecer lo suficiente como para que su aspecto juvenil no resultara una traba en su trabajo político. En este mundo, donde la juventud eterna era una realidad para unos pocos afortunados, las barreras sociales de la edad habían cedido bastante, pero no lo suficiente. La imagen seguía siendo importante, y nadie quería que un niño barbilampiño le diera lecciones de economía o estado. Por eso, Maximilian había sacrificado

un poco de su juventud para mantenerse en una discreta treintena, que le permitía jugar con el dinamismo juvenil y la seriedad madura. De esa manera, también dejaba claro que se podía permitir ser joven, lo cual demostraba estatus. Aunque nadie en las Torres de Madrid iba a dudarlo, era Maximilian Weng, después de todo.

Max le devolvió el saludo discretamente y esperó a que su hija se acercara dando brincos a su lado y le plantara un beso en la mejilla, como una niña buena. Se fijó en las alas de cisne de su hija y levantó las cejas con un gesto estudiado de sorpresa.

—¿Te gustan? —dijo Lorelei girando sobre sí misma, haciendo que su vestido

con volantes se abriera como una campana y sus alas se desplegaran en todo su esplendor. Su padre parpadeó sorprendido.

—Supongo que esto es el cargo escandaloso que me llegó de tu cuenta de bioingeniería. Nunca las había visto al natural. Son...—intentó buscar un adjetivo que no fuera hiriente pero tampoco demasiado positivo— interesantes.

—Tenías que ver las caras ayer en el antro.

—Si. Supongo que tendría que verlas para entenderlo —dijo él cambiando de tema.

Le brindó una caricia y juntos pasearon del brazo por el jardín

mientras Lorelei le contaba pormenores de su vida y le preguntaba por los conocidos, su madre y la servidumbre. Le apenó enterarse de la muerte de su nodriza, que era muy mayor.

—Creo que ahora está en el i-Cielo, —dijo Maximilian— le tocó una de las loterías del suburbio. Puedes ir a verla a un templo. Yo no puedo, estoy excomulgado. En el fondo me dejarían si insistiera, el obispo es de mi corporación, todo es política... pero tampoco tengo tiempo.

—Bueno, entonces me tendré que dar prisa —dijo Lorelei dejando caer subrepticamente la idea. Si ella comenzaba a tomar Ponce, también sería excomulgada.

Su padre miró hacia otro lado y arrancó una flor que sobresalía de la barandilla para dársela a su hija. Lorelei la olfateó con pasión y luego, sonriendo, se la colocó en el pelo.

Caminaron hasta las mesas esparcidas del restaurante Zarzuela. Un camarero elegantemente vestido con un chaqué, como un pingüino, los acomodó y les colocó dos cartas frente a ellos mientras iba a traerles un entrante de cortesía. Aquí, para ellos, sí existían cosas gratuitas.

—¿Has decidido ya? —preguntó Maximilian dejando su carta a un lado y mirando a su hija.

—Sí. Había decidido cuando me invitaste —. Lorelei dejó la carta encima

de la de su padre, ajustando perfectamente las dos en una torre—. Solamente me apetecía mirar las fotos.

—¿Vas a pedir lo mismo de siempre?

—A veces me gustaría arriesgarme a cambiar... pero ¿y si no me gusta? —ella se encogió de hombros—. Prefiero jugar sobre seguro.

—A veces en la vida hay que probar cosas nuevas. Algunas puede que incluso no te gusten, pero al final son las que más te convienen— suspiró Maximilian con voz soñadora.

—Puede. De eso quería que habláramos. Papá, quiero una licencia de Matusalén— anunció mojándose los labios con la copa de agua cristalina.

Maximilian la miró por encima de sus

gafas falsas y se quedó muy serio.

—¿Para qué?

—Para ir a jugar al golf—rió Lorelei sarcástica—. ¿Para qué va a ser?

—¿No eres muy joven para el Ponce?

—¿Lo eres tú? Esta mañana me he encontrado arrugas. ¡Arrugas!

Maximilian suspiró meneando la cabeza.

—Lorelei, Lorelei... —miró hacia otra parte, a una mesa cercana con una pareja de mediana edad—. ¿Sabes que hubo elecciones hace poco?

—No.

—No votaste, ¿verdad?

—No me interesa la política—se excusó frunciendo el ceño.

—Ni a ti ni a nadie. Salvo a los que

vivimos de ella. Pues si hubieras votado, a lo mejor te habrías enterado de que el gobierno ha cambiado.

—¿Y?

—Yo trabajo para el gobierno. Al menos hasta que cambie.

Lorelei abrió los ojos y comprendió lo que su padre le estaba diciendo.

—¿Te has quedado sin trabajo?

—No, claro que no—Maximilian arqueó una ceja con suficiencia—. Ni que fuera un pasante de segunda. Pero sí que es un serio revés. Pasaré a ser consultor en la corporación que me puso en el cargo, pero ya no seré asesor de gobernación. Eso implica muchas cosas; menos dinero, menos privilegios. De eso te iba a hablar.

—No, no no no —jadeó Lorelei aterrORIZADA.

—Lorelei, cariño, escucha —Maximilian le agarró las manos intentando tranquilizarla—. No pasa nada. He hablado con unos peces gordos de la Hu-Mei-Benz. Te darán trabajo.

—¿De qué? No sé nada de negocios, no sé nada de...—se dio cuenta de lo incapaz que era, y se calló—. No sé qué puedo hacer.

—Tienes tus estudios, cielo —dijo Maximilian—. Te graduaste en paisajismo y cultura popular, ¿no?

Lorelei sintió cómo el corazón se le escapaba del pecho. Su padre estaba hablando de que iba a trabajar. Estaba muerta. Su apartamento, sus amigos...

—Y lo de la licencia...—susurró aterrORIZADA.

—No va a poder ser. No puedo afrontar ese gasto. Además, necesitarías también el suero.

—Pero sí vas a pagar la tuya, ¿verdad? —recriminó rabiosa.

—No veo cuál es la relación —dijo Maximilian encogiéndose de hombros.

—Me estás condenando a muerte. Y tú seguirás tan joven como ahora. Eso no es justo—. Lorelei se cruzó de brazos furiosa.

Maximilian se cayó y el camarero optó por acercarse en ese momento, había estado esperando en segundo plano para no meterse en camisa de once varas. Apuntó la orden rápidamente en

su smartwrist y se fue dejando a padre e hija con un incómodo silencio.

Él la miró e intentó cogerle las manos para acariciarlas, pero ella las retiró violentamente.

—Estás siendo infantil, Lorelei—su padre la regañó molesto—. Primero, no necesitas Ponce, estás muy joven. Segundo, esto es un revés temporal, en unos años las elecciones cambiarán de sentido y entonces lo más seguro es que vuelva a un puesto con categoría suficiente...

—¿Y si no? Puedes perder las elecciones otra vez. Podéis perderlas hasta que me convierta en una vieja ajada y apestosa y me muera de pura vergüenza y arrugas—le gritó su hija,

llamando la atención de los comensales.

—Si te vas a poner así, tendré que recordarte que no tengo ninguna obligación de mantenerte más allá de los dieciocho, que ya cumpliste hace...

—¡Hace demasiado!

—Y yo tengo más hijos, no puedo estar pagando un permiso y suero para cada uno. Ya eres mayorcita para buscar tu camino sin que yo te pague las cuentas, Lorelei.

Las lágrimas le enturbiaron la vista y deseó golpear a su padre con algo, abrirle la cabeza, matarlo. Era totalmente injusto. Él había vivido mucho, y ella era hermosa. Merecía ser hermosa por siempre. Y lo peor era que una parte de ella sabía que su padre

tenía razón, era su parte adulta, responsable. Era una parte, sin embargo, muy pequeña de su ser. El resto de su persona solo deseaba lo que no podía tener. Sollozó y gimió impotente.

—No llores, Lorelei. Eres joven y tienes mucho camino por delante, una vida entera y plena.

—Pero no tan larga como la tuya. Envejeceré y me pudriré.

—Siempre ha sido así, Lorelei —dijo él con voz conciliadora.

—Pero no para ti, ¿verdad? ¿Cómo puedes ser tan hipócrita?

Maximilian se rindió y alzó la mano para abofetearla, pero se contuvo al ver las miradas que le lanzaban desde las otras mesas.

—Yo me he ganado mi inmortalidad. Yo he pagado por ella con el dinero que he conseguido. Tú tienes toda una vida para hacer lo mismo. Has tenido una existencia regalada porque te quiero y podía dártela, pero ahora no puedo. Lo siento, pero tienes que crecer.

—Querrás decir envejecer —espetó con un puchero.

—Mira, las cosas son así. Y punto. Al menos te puedo encontrar un trabajo para que puedas mantenerte con tu nivel de vida. No es una tragedia. Si supieras cómo vive la gente...

—¡Me importa una mierda la gente!
—el camarero se acercó con los platos y ambos se callaron por discreción. Lorelei se secó las lágrimas con la

servilleta y miró de reojo al camarero llena de vergüenza.

Maximilian recogió su plato en un gesto poco habitual que el camarero agradeció con una inclinación de la cabeza y Lorelei aceptó que colocara el suyo entre las copas refunfuñando. Cuando se fue, se negó a probar la comida.

—No seas tonta y cómetelo. Es un manjar poco corriente y muy caro. Aprovecha mientras pueda cargarlo a la gobernación —señaló su padre saboreando su sucedáneo de carne.

Lorelei miró el pollo y se metió un pedazo en la boca sin saborear la suave textura ni la salsa especial con setas cultivadas naturales. Estaba muerta. Eso

era la muerte, no podía saborear nada, ni disfrutar. Le esperaba una vida de sufrimiento y esta era la última comida de un condenado.

Otros Libros de Raúl Atreides

Sombras de Samhain

En un mundo futuro, siglos después del Despertar, los dioses de la humanidad conviven con una sociedad tecnomágica. Lilian Valyr, aspira a convertirse en una taumaturga, una hermética orden de científicos magos que domina el arte de manipular la realidad. El destino conspira para despertar su potencial de una manera descontrolada e

impredicible.

Herederos del Gemelo Oscuro

Alvar Lee es el último humano vivo sobre una Tierra desolada. Recorre el páramo sobre su velociraptor de compañía genéticamente diseñado buscando agua y alimento para sobrevivir un día más a la agonía del planeta. Pero las cosas tomarán un giro inesperado.

Las Crónicas de Alvar Lee componen una saga de novelas de Space Opera mezcladas con un homenaje cómico a la cultura popular.

Los Reinos de Gaedor

Los relatos que Lilian Valyr, la protagonista de Sombras de Samhain, escribe cobran vida en una serie de historias cortas de fantasía épica protagonizadas por Liandra La Roja, la hechicera guerrera de Baal Sathar. Un retorno a la fantasía medieval pulp, en un homenaje a los maestros fantásticos como Lovecraft y Howard.

**Consulta, contacta o
infórmate más sobre el
autor y su obra en**

www.raulatreides.com

Portada de Daniel Exposito Zafra

Primera edición 18 diciembre 2014

El contenido de esta obra está protegido, y toda modificación, explotación o adaptación deberá contar con el permiso directo del autor. La portada es propiedad intelectual de su creador y todos los derechos están reservados.